

compone su público, como Esquilo, solamente de sacerdotes, de ancianos y de patricios; introduce en él además la mujer; presenta ideas elevadísimas de la Divinidad (1); la religión en él es serena; el horror cede el puesto á la emoción; cuando ha elegido un modelo, procura hacerlo ideal, sin pretender por esto que sea perfecto, apasionado, sin malear su nobleza. Introdujo un tercer personaje en los coros, desterró los entes mitológicos y de razón, aunque se afuvo constantemente á reyes y héroes; á la idea del destino predominante en Esquilo sustituyó la de la Providencia, y estableciendo la debida distinción entre la manera de hablar de los diferentes personajes, conservó á todos la dignidad exigida por el idealismo á que aspiraba el arte griego. No se vale tampoco de las expresiones exageradas del dolor, ni de las frases melosas de afecto; y eslabonando mejor los sucesos y proporcionando con más tacto los papeles, conduce artísticamente al desenlace.

No se trata ya de inspirar odio á la dominación extranjera, sino de contener la inconsiderada libertad. Su *Ajax* parece destinado á consolar á los grandes perseguidos en Atenas; en la *Antigone* advierte á los hombres que no opongan resistencia al destino; en el *Filóctetes* parece aconsejar que se dé mejor trato á los esclavos, y respira sentimientos caballerescos de época más reciente. Así pertenece al arte moderno el amor de Hemon; Deyanira, en el *Hércules furioso*, se presenta ya elegante y modesta, y aunque celosa, por consideración al marido, acoge á su rival. En la *Terea*, tragedia que se ha perdido, una mujer, dotada de sentimientos más nobles que los que encuentran en los otros trágicos, deplora del modo siguiente la condición de su sexo: « Cuando niñas, la indiferencia nos educa en la casa paterna; crecemos entre juegos; luego que estamos en edad de casarnos, se nos traslada en medio de extraños, lejos de las aras domésticas; una noche cambia toda nuestra existencia: no nos queda más recurso que resignarnos. »

Eurípides. 481. Solamente el que no sea capaz de medir la grandeza de las concepciones del entendimiento griego, podrá igualar con los precedentes á Eurípides; solamente los idolátras de la forma que tienen oídos y no corazón, le preferirán á ellos. Esquilo había procurado producir el terror, Sófocles la compasión; Eurípides, distante de la elevación magnánima y de la sabiduría organizadora de ambos, logró producir lo patético, pero recurriendo para excitarlo á medios no siempre nobles. En efecto, subordinó el carácter á la pasión, dió á los dioses y á los héroes el lenguaje propio de pasiones triviales; y queriendo ser verdadero fué bajo, pues pintó á los hombres ignoblemente viciosos, y obrando

(1) G. SCHWAB, *De religione Sophoclis rationali*. Stuttgart 1820.

E. J. G. SCHMID, *De notione fali in Sophoclis tragediis*. Leipzig, 1821.

STÄINER, *Ueber die Idee des Sophocles von der göttlichen Forschung*. Göllichau, 1820.

en virtud de motivos abyectos. Por eso decía Sófocles: *Yo he pintado á los hombres como deberían ser, Eurípides como son*. La inspiración había ya cedido el puesto á la elegancia; el gusto se había sometido á reglas; y Eurípides no se atrevió á entregarse á los impulsos de su robusto ingenio, de su fantasía espléndida, de su exquisito sentimiento, con la confianza del hombre superior, sino que quiso forzar estas mágicas dotes con la erudición, con la argumentación, y con la crítica minuciosa. Así, proponiéndose por blanco el arte, vacila entre grandes bellezas y mezquinos resortes; muéstrase retórico más frecuentemente que poeta, y lleva á la escena los hábitos de la escuela y del foro. En la *Hécuba* se presentan cuestiones legales, muy distintas de las que ocurren en las *Euménides*; *Oréste*s tiene todas las formas de un proceso, y Ulises trastorna sofisticamente el sentido de las palabras. Introdujo el *Prólogo*, pobre recurso para informar al público de los antecedentes, en lugar de hacerlo por medio de la acción misma: en sus planes, los hechos particulares están en primera línea con perjuicio de los de interés general; y hasta la poesía y el estilo enervados aumentan su molición, al paso que, en vez de tratar de corregir á sus contemporáneos y de exaltar los sentimientos nobles, se convierte en panegirista de su tiempo.

Era esta la época en que los sofistas, complaciéndose en las disputas, confundían las ideas de moralidad, é iban derechos al escepticismo; y Eurípides, sacrificando á estos ídolos, se muestra pródigo en máximas, muchas veces hasta inmorales, que debían producir funestos resultados en un pueblo sobre el cual ejercían tanta influencia las bellas artes (1). Sin embargo, al pintar las desgracias, obtiene á veces la verdadera belleza moral; ni sin un gran mérito hubiera formado las delicias de Racine, y conseguido que los Atenieses colocasen sus obras juntamente con las de Esquilo y Sófocles en los archivos públicos, poniendo vigilantes que cuidasen de su integridad.

Muéstranos esta orden cuánta importancia daban los Griegos á las tragedias. Se celebraba un certamen para ellas en las fiestas de Baco, donde cada competidor debía presentar tres tragedias y un drama satírico, esto es, pastoril, que desvaneciera con la risa la impresión melancólica de aquellas. No se repetían, como suele verificarse entre nosotros, á no ser que el autor hubiese hecho en ellas muchos cambios y que hubiera pasado largo tiempo. De aquí pro-

(1) « Sirvamos á los dioses, como quiera que sean.

» *Oréste*s. Si se debe violar la justicia, que se viole para reinar; en lo demás, obsérvala (máxima predilecta de Julio César). La boca juró, pero el alma no prometió. » Creo que Platon alude á él cuando se queja de que los poetas trágicos « abandonan á los hombres al ímpetu de las pasiones, y los afeminan haciendo prorumpir á los héroes en immoderados lamentos. » Eurípides profesa particular odio á las mujeres, lo cual le arrastra á esas trivialidades que nuestro vulgo aplaude todavía en los teatros.

viene la prodigiosa fecundidad de los antiguos poetas dramáticos; y aunque eran gente ocupada en los negocios y en la guerra, pocos de los que conocemos dejaron menos de sesenta, y algunos escribieron más de ciento veinte obras escénicas; si bien no nos han quedado sino siete de las ciento veinte que tal vez escribió Sófocles, diez y nueve de las setenta y cinco de Eurípides, y siete de Esquilo. El mismo autor debía formar su compañía, instruirla en el gesto, en la voz, y amaestrar el coro.

En la tragedia todo era ideal; el actor se ataviaba al estilo de los tiempos heroicos, y á ejemplo del poeta, elegía los caracteres sobre la humanidad, no fuera de ella. Servía de tema ordinario la lucha entre la libertad moral y el destino, poder inflexible ante el cual los mismos dioses doblaban la frente. La creencia asiática en esta suprema divinidad no permite acusar de injusticia á los dioses ni aun cuando oprimen al bueno en favor del perverso; y se diría que los trágicos propendieron de consuno á precaver al hombre contra la inestabilidad de la suerte humana. El *Agamemnon* de Esquilo, al entrar en su palacio exclama: *Honradme como hombre, no como dios. El primer don de los dioses es la moderación; proclamad dichoso solo al que ha llegado al término de sus días en tranquila prosperidad*. Las *Traquinias* de Sófocles principian con estas palabras de Deyanira: *Se ha dicho siempre que no se puede decidir acerca del bien y del mal de nuestra vida, antes de tocar al término señalado por el destino*. En Eurípides, Andrómaca exclama: *Ninguno debería llamarse feliz, antes de llegar al fin de sus días*; y en el *Edipo* de Sófocles, se dice á los espectadores: *Después de tantas grandezas, ved aquí el abismo en que cayó precipitado Edipo. Aprended, oh ciegos mortales, á volver los ojos al último día de la vida, y á no llamar feliz sino al que ha llegado á aquel término*. Pero parece que su delicadísimo sentimiento de lo bello inducía á los Griegos á excluir los asuntos demasiado próximos á nuestra condición, y las desgracias de que cada cual podía ser víctima, deteniéndose con preferencia en los dioses ó en los héroes.

El elemento popular se manifestaba más particularmente en el coro, verdadero carácter del drama ateniense. El coro representa las asambleas públicas, de modo que ejerce supremacía sobre los personajes más insignes; juzga, critica, aconseja, alaba, al paso que modera las violentas impresiones de los acontecimientos trágicos con la expresión lírica; y en la viva lucha de las pasiones teatrales se mantiene desapasionado juez de la decencia. El teatro moderno dará un gran paso cuando se atreva á introducir el coro, como representante del pueblo, en el cual nadie fija su atención, pero que padece ó goza con los delirios ó el heroísmo de los grandes, y que juzga rectamente acerca de los trastornos que se verifican en una esfera superior.

Nótese que todos los autores trágicos son atenienses; mereciendo llamar apenas la atención los fragmentos del dórico Epicarmo. Sin embargo, Esquilo tuvo que concluir sus días al lado de Geron, tirano de Siracusa, Sófocles al lado del Macedonio Arquelao, y Eurípides sufrió una guerra vivísima por parte de Aristófanes; pero la ciudad de Minerva parecía patria natural del genio. Aunque hubo otros que escribieron tragedias después de Eurípides, la decadencia que empezó con él adelantó á pasos de gigante.

Tampoco duró más el reinado de la comedia, concluyendo no por inanición, sino de muerte violenta. Disintiendo de los que (1) la ven perfeccionarse sucesivamente, y la clasifican en antigua, media y nueva, para nosotros solo la primera es verdaderamente original y poética; las demás no son sino imitaciones y ripios. La democracia que se columbra en la tragedia, domina y rige despóticamente en la comedia, haciéndola imitar hasta sus excesos. Á la fatalidad, máquina de la tragedia, sustituye la comedia los caprichos del acaso, á lo grandioso lo ridículo, representando la preponderancia de los apetitos ruines. Al principio fué parodia de la tragedia, tomando por asunto dioses y héroes, representados con las mismas decoraciones, con la misma majestad; así el contraste de las palabras aumentaba la ridiculidad; se exageraban las máscaras; y el coro hablaba con frecuencia en nombre del autor (*parabasis*); lo que demuestra cuánto hay de convencional en los placeres del entendimiento.

Anduvo errante primero con Susarion en los carros, divirtiéndose al pueblo de un modo grosero, y luego le dieron forma más regular Crates en Grecia y Epicarmo en Sicilia. Este último, especialmente, se mofaba de los dioses y los héroes (2); y trataba cuestiones políticas, desarrollándolas por medio de catástrofes bien enlazadas, pintando caracteres (3), introduciendo en el diálogo proverbios antiguos y máximas de los Pitagóricos; en una palabra, formando aquella mezcla de alegría y profundidad que es hoy tan apreciada como escasa.

Superó á todos y ha llegado únicamente hasta nosotros Aristófanes, que, floreciendo cuando más desenfrenada corría la libertad ateniense,

(1) Plutarco, Barthélemy, Blair y poor Voltaire.

(2) En el *Busiris* describía á Hércules Voraz. « Si le vieras comer á dos carrillos y tragar glotonamente, te estremecerías. En lo interior de sus fauces borbotan el alimento y la bebida: sus mandíbulas erujen, sus dientes molares rechinan, los caninos forman estrépito, sus narices silban y sus orejas se mueven trepidantes. » Ap. *ATHEN. Dign.* X, c. I.

(3) Así pinta al parásito: « Bástame una señal para ir á un convite, y ni aun señal espero para presentarme donde hay bodas. Empiezo diciendo chistes, y excito á la fiesta y á los juegos; menudeo elogios desmesurados al que pone mesa, y trato como enemigo y denuesto al que le contradice; en seguida, bien bebido y mejor comido, me marcho. No tengo muchacho que me alumbré por el camino con la linterna, y solito, en la oscuridad, y bamboleando á cada paso, me apresuro á llegar á casa. Si me encuentro con la ronda, juro no haber hecho mal á nadie; y sin embargo me muele á golpes. Quebrantado por estos, llevo á casa, me echo sobre una piel, y no siento el dolor mientras que la fuerza del vino me tiene entorpecidas el alma y la mente. » *Aten. Dign.* VI. 28.

Comedia.

560.

500.

Aristófanes.

convirtió el palco escénico en verdadera tribuna (1). Entonces el amor estaba reducido á pura sensualidad en Atenas; la moral era una teoría de los sofistas, que variaba segun las diversas escuelas; las intrigas domésticas perdian su importancia ante los intereses públicos; por eso la comedia debía necesariamente hacerse política, antagonista de la tribuna pública, y representante de esa oposicion, primera necesidad de los Estados libres que hoy ejercen los periódicos. Es cierto que, como la oposicion de ahora, fué muchas veces impotente para el bien, y no reprendió á Pericles ni á Cleon, al paso que dió á beber la cicuta á Sócrates; sin embargo, desde el escenario se oyó á Aristófanes echar en rostro al pueblo soberano sus vicios, sus culpas, sus debilidades; denunciar á los peligrosos demagogos; aconsejar la paz en medio de las guerras intestinas que assolaban la Grecia; oponer el sentido comun á las argucias de los sofistas, y recomendar el severo patriotismo de las antiguas costumbres.

El que posee el peligroso talento de hacer reír, es difícil que no abuse de él, y Aristófanes abusó del suyo, contemporizando con la plebe, zahiriendo á sus enemigos personales, y de vez en cuando hasta á la virtud; burlándose de los dioses; descendiendo á frases y escenas licenciosas, demasiado acordes con la religion y la moral de los Griegos, y que encontraban apoyo en el desprecio que se hacía de las mujeres, que son en los tiempos modernos las que pulen las acciones y palabras. La descarada impudencia de sus comedias y de los dramas satíricos nos induciria de buena gana á creer que el bello sexo no asistía á las representaciones teatrales. Por lo demas, su gusto es exquisito, inimitable el arte que emplea, agudo el chiste, felicísimo el atrevimiento de los neologismos que introduce (2) y de los cambios de tono; pero lo que mas maravilla es la cultura, la delicadeza, y los conocimientos prácticos que supone en su auditorio.

Entre sus comedias (continuando nosotros en considerar á los autores por el lado social) las Nubes pertenecen á la filosofía, las Ranas á la crítica, y las deimas á la política.

En las Ranas censura el mal gusto, simbolizándolo en Eurípides ya difunto, y remedando á los que se complacen en usar de palabras alisonantes, las cuales dicen ó demasiado ó nada;

(1) Th. RÖTTERS, Aristophanes und seine Zeit. Berlin 1827. Heru. Pol. De Aristophane, poëta, ipsa arte boni civis officium prestante. Gran, 1824.

(2) Al fin de las Arengadoras, el coro pronuncia una palabra de 77 sílabas, grande ejercicio para los gramáticos, y que prueba la flexibilidad del idioma griego en lo relativo á voces compuestas. Αρπαδοτεμαχοσεκαχογελοκρανολεψανοδριμυποτριμματοσιλίσταραομέλιτοκατακεχυμενοκιλεπικισσυφοπεριτεράλετρονονπεταλάλοκιγλωπέλειολαγωοαριοβαφητραγανοππεργων. Es una lista de hosteleria, que quiere decir, poco mas ó menos: « Gran sopa, salchichas perfectas, ostras escogidas, lampreas exquisitas, sesos rellenos con especias, tortas de miel con benjui, torcos, mirlos, pichones, palomas, cabezas de pollo asado, guisadillo de estorninos y de perdiz, con jugo de hígado de liebre. »

y que al voto de los pocos dotados de talento y de gusto seguro, prefieren el de la multitud, amigo de lo alambicado. En esta comedia Eurípides, con su familia, su esclavo y sus obras, puesto en la balanza de los jueces infernales no hace contrapeso á dos versos de Esquilo, el cual volviendo al mundo para mejorar á Atenas, no quiere que su puesto en el Eliseo sea entretanto ocupado mas que por Sófoeles.

La primera comedia en que Aristófanes tuvo el valor de mostrarse en la escena (*), es la de los Caballeros; ataque violento contra Cleon, furioso demagogo, instigador de las medidas extremas. Á este, representado bajo la figura de un capataz de esclavos, quiere Demóstenes sustituir el choricero Agorácrito, á quien dice: Eres grosero, malo, la hez del vulgo; tienes voz de trueno, elocuencia impudente, gesto maligno, charlatanismo de mercado; créeme, posees cuanto se requiere para gobernar á Atenas. El choricero confiesa tener todos los vicios, y dice que un retórico, viéndole robar, y en seguida negar obstinadamente el hecho, exclamó: Es imposible que este no llegue á ser el primer administrador de la república. Al viejo Démos, personificación del pueblo, le canta el coro: Eres necio; te dejas conducir de la nariz por aduladores é intrigantes, y te quedas con la boca abierta cuando te arengan.

Pero aquel anciano, al fin de la comedia, rejuvenece y se adelanta majestuosamente hácia los propleos.

« AGORÁCRITO (**). Felicítáos mutuamente con alegres palabras; cerrad las puertas de la asamblea; absteneos de oír testigos; cerrad todos los tribunales, cualquiera que sea el atractivo que tengan para vosotros, porque vengo á anunciaros nuevas prosperidades y conviene que residen aquí las alabanzas de Apolo.

CORO. Genio tutelar de las islas sagradas, luz propicia de Atenas; cuando vienes á estas playas, te precede siempre la fama de tus beneficios. Por eso encontrarás en todos los caminos de la ciudad altares y sacrificios que humean en tu obsequio.

AGORÁCRITO. Amigos, acabo de ejecutar una gran metamorfosis. He trasformado al pueblo de perverso en bueno. En una palabra, lo he recoído (***) enteramente.

CORO. ¿Y dónde lo has dejado, oh mortal, fértil en invenciones admirables?

AGORÁCRITO. Habita la antigua Atenas hermosamente coronada de violetas (1).

(*) Aristófanes, no encontrando actor que se atreviese á representar el papel de Cleon, ni artista que le quisiera hacer una máscara parecida al rostro de aquel poderoso personaje, se cubrió de lodo la cara y salió á la escena á representarlo él mismo. (N. del T.)

(**) Tomamos la traduccion de la que hizo á últimos del siglo pasado POISSINET DE SIVRY, la cual es algo mas extensa y sobre todo mas inteligible y exacta que la que da el autor. Comprende este pasaje la escena primera y parte de la segunda del acto V. (N. del T.)

(***) Téngase presente que habla un choricero. (N. del T.)

(1) Este era el epiteto solemne que se daba Atenas, sea cualquiera su origen.

CORO. ¿Por qué señales le conoceremos?

AGORÁCRITO. Por las costumbres que tendrá en adelante, que serán las que tenia en tiempo de Aristides y de Milcíades, como veréis ahora. Ya oigo el ruido de las puertas; ya están abiertas. Lanzad gritos de admiracion y de júbilo, al aspecto de la antigua Atenas habitada por el pueblo mas célebre, mas glorioso y verdaderamente mas maravilloso de la tierra.

CORO. ¿Salve, oh Atenas la antigua, Atenas la coronada, Atenas querida! Ciudad floreciente, muéstranos al pueblo-rey que impera en esta tierra y en toda la Grecia.

AGORÁCRITO. Vedlo allí; se distingue por la cigarra de oro que le adorna, y mas aun por la aureola de esplendor que circunda su cabeza, y por sus vestiduras sin mancha que exhalan olor á mirra y al perfume de los sacrificios.

CORO. Gloria y placer al soberano de las comarcas helénicas. Felicítámoste, oh pueblo verdaderamente digno de habitar esta ciudad y de los trofeos que ganaste en Maraton.

En las Avispas satiriza la manía de juzgar, de oír los alegatos (1), y de oírse elogiar por los defensores y las partes (2); y pone de mani-

(1) En las Nubes, Estrepsíades, elevado en el aire, y viendo debajo de sí una ciudad, no puede creer que sea Atenas, porque no ve en ella tribunales. Tambien en la Paz dice Aristófanes á sus conciudadanos: Οὐδὲν γὰρ ἄλλο ὄρατε πλὴν δικαστήτε : No hacéis sino decidir pleitos. En el Incaromenipo de Luciano, conoce Menipo desde el cielo á los Atenienses, por la aplicacion con que se dedican á los litigios : καὶ ὁ Ἀθηνάιος ἐδικάζετο, s 16.

(2) Así habla el viejo Filocleon, que no salía nunca de los tribunales :

No hubo nunca animal, que mas dichoso
Y mas digno de envidia que un juez sea,
Ni regalado mas, ni mas terrible.
In primis, luego que del lecho salto,
Me aguardan fuera, y en la puerta espian
Satélites, esbirros colosales.
Y se me acerca respetuoso y tímido
Uno, que no sabia antes de ahora
Si estaba yo en el mundo, y me presenta
Su muy pulida y delicada mano,
Suave robadora del Tesoro;
Y se arroja á mis piés, y con voz flebil:
« ¡Piedad, me grita, oh generoso padre!
Ten compasion de mí; si es que te acuerdas
De que desmemoriado un hurtecello
Has cometido, sin malicia, es cierto,
Como empleado, ó proveedor de tropas. »
Yo, casi ya la cólera extinguida,
Prometo y paso; el tribunal ocupo;
De lo que antes juré no hablo palabra;
Mas me deleito en escuchar la música
De tantas voces que piedad imploran.
« ¡Qué ruegos! ¡Qué lisonjas! ¡Cuánto halago!
Uno gime, otro llora, aquel sus males
Enumera y agrava, de tal modo
Que ante los suyos nada son los míos;
Este recita algun moderno cuento;
Esotro alguna fábula; y no falta
Quien me divierte con graciosos chistes.
Si esto no basta, acude la familia,
Y el reo, con sus niños de la mano,
Se me pone delante. Agudos ayes
Suenan, y se redoblan los sollozos.
El padre tiembla, y como á un dios me pide
Que clemente la deuda le perdona.
Y si el batar de un corderillo afectame,
Del hijo oigo la voz; y si agradable
Me es el gruñir de un lechoncillo herido,
El estridente acento de la hija
Abonda poco á poco en mis entrañas,
Y al fin me aplaco y cedo y los perdono.
¿No es un poder sin límites el mio?

fiesto la mezquina dignidad de esos sastres y zapateros, que pretenden tomar parte en el gobierno, y se marchan orgullosos con sus tres óbolos, mientras que, juguetes del que los maneja, desatienden las obligaciones de su oficio. Otras veces Aristófanes la toma con el pueblo, ávido, supersticioso, vengativo; y tiende á hacer considerar á la clase média como núcleo y nervio de la sociedad.

Era tal el influjo político de estas composiciones, que el rey de Persia, al recibir en audiencia á los embajadores griegos, lo primero que hizo fué preguntar por Aristófanes, el cual tenia en movimiento á toda la Grecia, y en concepto de aquel rey, daba consejos tan oportunos, que si los Griegos se hubiesen dejado guiar por él, prosperáran sus negocios.

Detengámonos aun en estas comedias, que revelan gran parte de la civilizacion ateniense. La política de Aristófanes tenia siempre por punto de mira la paz; y en la comedia que se intitula cabalmente la Paz, el pacífico Trigeo, montado en un escarabajo, como Belerofonte en el Pegaso, escala el Olimpo y lo encuentra desierto, pues los dioses habian sido arrojados de allí por la Guerra y el Motin, el cual trituró á una ciudad en un mortero, sirviendo de mano el general mas famoso. La paz está oculta en un profundo pozo, de donde los pueblos de Grecia pugnan por sacarla con cuerdas.

En la Lisistrata, todas las Griegas se conjuran, prometiendo observar una extravagante abstinencia de los hombres, hasta tanto que estos se hayan resuelto por la paz; y los apuros y la lujuria de los hombres, separados de las mujeres y rechazados por ellas, provocan la risa. Pero los pormenores son propios de burdeles, y el pudor se estremece considerando que en la representacion se llegaba hasta las últimas obscenidades (1).

La comedia titulada los Acarnanos se dirige contra aquellos mozalvetes de noble raza, que nada descaban mas que la guerra para adornarse de armas, escudos y penachos, sin recordar el daño que de ello resultaria á los operarios. Diceópolis (nombre que indica la parte mas justa de la ciudad) exclama: « ¡Cuántas cosas afligen mi corazón! ¡Cuán pocas lo alegran!... Ahora van á reunirse aquí en junta; pero ninguno piensa en procurar la paz. ¡Oh ciudad! siempre llevo ántes que nadie al foro y me siento... Al verme solo, gimo, dudo, escribo, pienso, vaticilo, deshaciéndome por amor á la paz, y miro hácia los campos, y aborrezco la ciudad, y deseo la quietud de mi quinta. Allí no hay quien me diga: vé á comprar carbon, vinagre, aceite; ántes bien la palabra comprar es desconocida. He venido ahora aquí dispuesto á gritar, á hacer ruido, á insultar á los ora-

(1) Mirrina dispone la cama para sí y para Cinesias; se desnuda, y él se le acuesta al lado, y le dice: Μιζήσωσιν μοι την κωστήν (verso 837, 931) y el canto del coro que viene en seguida deja harto campo á consideraciones sobre la depravacion de un público que toleraba tales escenas.

» dores, si alguno hablare una palabra que no tenga por objeto la paz. »

Reunido el consejo, Anfiteo, que proponía la paz con los Espartanos, es expulsado, lo que hace montar en cólera á Diceópolis. Aparecen en seguida los embajadores que han regresado de Persia, contando bagatelas y maravillas, con dolor de Diceópolis que ve así entregado al pillaje el dinero público. Entónces hace él por sí solo la paz con los Lacedemonios, y de este modo el recinto tranquilo de su casa forma contraste con el tumulto de lo demás del país: los mercaderes acuden allí á vender sus géneros; él no piensa sino en darse buena vida, mientras que el capitán Lamaco, su vecino, jura y se afana por pelear. Aquí, pues, se ven preparativos de guerra, allí se dispone un banquete; unos buscan lanzas, otros asadores; estos ponen las plumas á un yelmo, aquellos se las arrancan á los tordos: por último, vuelve Lamaco estropeado y herido, y Diceópolis entra beodo y apoyado en dos jóvenes vivarachas.

En las *Arengadoras* se burla de los utopistas y sansimonianos de entónces, introduciendo mujeres disfrazadas de hombres, las cuales quieren que se adopte una nueva constitucion, fundada en la comunidad de bienes y de mujeres. El arte con que estas remedan la asamblea, y la confusion que nace de la mezcla de las riquezas y del amor, dan ocasion á pinturas tan vivas como magistrales.

En las *Nubes* censura la educacion muelle y frívola, la manía de aprenderlo todo y hablar de todo: y para personificar el vicio de los sofistas, tomó por tipo á Sócrates, á quien consideraba como el mayor de todos (1), y que aspiraba á reformar la moral y el culto; grave culpa á los ojos del poeta ciudadano, que consideraba ambas cosas como bases de las instituciones y de las costumbres. Aristófanes se burla de él, obligándole á dar extrañas explicaciones de los mitos, y á adorar las nubes y la niebla, al paso que en el zafio, pero natural Estrepisades, muestra cuánto aprovechan las creencias populares á los usos y al bien de la república. Este, habiéndose arruinado para favorecer el fausto de su hijo, imagina recursos que le eximan de pagar á los acreedores y envía á su hijo á Sócrates para que se los enseñe, el cual le da lecciones de mala fe, de extravagancia, de impiedad; de manera que á poco tiempo sabe el hijo mas que el padre, y le prueba con sus argumentos que hace bien en ser libertino (2).

Pesa sobre Aristófanes la acusacion de haber promovido la persecucion contra Sócrates. Las *Nubes*, donde se escarnece á este, fueron re-

(1) Los que extrañan que Aristófanes haya considerado como sofista á Sócrates, enemigo de los sofistas, deben recordar estas palabras del *Emile* de Rousseau: *Si cette facile mort n'eût honoré sa vie, on douterait si Socrate, avec tout son esprit, fût autre chose qu'un sophiste.*

(2) El mismo Aristófanes la llama comedia excelente σοφωτάτη, y su escoliador la califica de la mas bella y artificiosa: τὸ δράμα τοῦτο τῆς βλῆς ποιήσεως κάλλιστον εἶναι φασὶ καὶ τεχνικώτατον.

presentadas veintitres años ántes de su condena; por lo cual no puede decirse que contribuyesen directamente á ella, y mucho ménos que Aristófanes estuviese de acuerdo con los enemigos de Sócrates; pero tampoco es posible negar que esta comedia contribuyó á empeorar la situacion del filósofo. Gran leccion para los que lanzan las flechas de la burla, sin poder calcular dónde y cuánto penetrarán (*). Queriendo Sócrates sustituir á las deidades reconocidas una Providencia, revelada en la naturaleza por las causas finales, y en el hombre por la íntima voz de la conciencia que dispensa de recurrir al intermedio de la religion, debía atraerse la enemistad de los sacerdotes (1). Y como el Estado tenia por base el paganismo, combatiendo al uno demolia Sócrates al otro, y era reo para con el Estado. Aristófanes que, convencido de la sublime vocacion de las letras, se creía encargado de custodiar y vengar la cosa pública, y atacaba con las armas incontrastables del ridículo á todo el que le parecia enemigo de los intereses de la patria y del orden establecido, debía alzar la voz contra los que arrojaban del cielo á los dioses, para colocar en su lugar estrellas y planetas. Despreciando á la multitud, se dirigió al mayor de todos, á Sócrates; y en las *Nubes* lo denunció al público como un innovador peligroso, como un ciudadano sospechoso y digno de los procedimientos intentados anteriormente contra Anaxágoras y Pródico. Es cierto que la comedia no lo acusó directamente; pero causó sin duda una impresión duradera en el pueblo, y Sócrates creyó deber hacer alusion á ella hasta en su *Apología* (2). Aristófanes, que seguramente respetaba al carácter moral de Sócrates, y que disfrutaba de la amistad de su mas ilustre discípulo, debió de sentir cruelmente haberle destilado su porcion de cicuta.

El lector habrá comprendido ya en vista de estos áridos bosquejos, cuánta parte tenían el mecanismo y las decoraciones en semejantes espectáculos; á veces el poeta toma de esto mismo pié para algun chiste, como cuando Trigeo, atravesando la escena montado en un escarabajo, se vuelve al maquinista, y le recomienda que cuide de no desnucarle. En otro lugar, el coro son las nubes (3); en las *Aves* y en las

(*) No todos los autores convienen en la fecha de la muerte de Sócrates; y algunos la fijan precisamente en la época en que se representaron las *Nubes*. Por lo demás, Sócrates mismo, lejos de creer á Aristófanes autor de su muerte, en su *Apología* ante los jueces, que cita Platon hablando de la acusacion de Anito y Melito, dice, que no merecía llamar la atencion del Areopago, porque no pasaba de ser una de aquellas imputaciones pueriles y fútiles con que Aristófanes había formado el argumento de una comedia.

(N. del T.)

(1) V. *Nouveaux fragments* de M. Cousin. Paris, 1819.
(2) « Os han hecho creer que un tal Sócrates, filósofo, se ocupa en averiguar lo que pasa en el cielo y bajo la tierra.... Oyéndoles, se diría que las personas ocupadas en semejantes indagaciones no creen que hay dioses... Lo extraño es que no se me permita conocer y nombrar á mis acusadores, si se exceptúa á un zureidor de comedias... Tal es la acusacion; y esto habéis visto en la comedia de Aristófanes. »
(3) Las nubes aparecian en el fondo del aire bajo la figura de mujeres, con máscaras de narices enormes, y semejantes

Ranas cantan estos animales; cosas todas que se alejan de la idea de nuestro teatro, tanto como semejantes asuntos de comedias, originales y de inmediata y grande influencia en la vida pública.

No nos es dado á nosotros apreciar todas las delicadezas de Aristófanes, pues es propio de la comedia estar llena de alusiones que no pueden explicarse perfectamente sino teniendo en cuenta las particularidades de los usos del país donde aquella tuvo origen. Pero Platon lo admiraba tanto, que le introdujo como interlocutor en su *Convite*, envió sus comedias á Dionisio el Tirano, para darle á conocer el gobierno de Atenas, y formaba de ellas su lectura favorita, como que las tenia sobre la cama cuando murió. Tambien San Juan Crisóstomo ponía grande estudio en imitar la pureza y vivacidad de aquel perfecto aticismo (1).

El que quiera juzgar á Aristófanes con arreglo á los principios mas elevados del arte, encontrará que en todas sus comedias presenta el contraste de las costumbres degeneradas de su tiempo con la energía antigua; de las argucias inmorales de los sofistas con la rectitud del sentido comun; del vano ruido de las palabras y frases con la sencillez de la verdadera poesia. Pero al paso que al leer aquella sátira inmortal nos reímos de los Atenienses, tambien nos sentimos sobrecogidos de admiracion hácia un pueblo que no ha tenido igual; cuya frivolidad hallaba pasto en los negocios mas importantes y en las complicadas cuestiones de la política; que por ocio ó por pasatiempo tomaba asiento en los tribunales, disputaba acerca de la filosofía, y admiraba las obras maestras del arte; un pueblo al que servian de recreo las discusiones sobre el mérito dramático de Esquilo ó de Eurípides, el político de Cleon, el filosófico de Sócrates, y que se reía de alusiones y chistes delicados, que pasarian sin llamar la atencion del que no tuviese cuidadosamente cultivada su inteligencia.

Es ocioso preguntar si las alusiones y personalidades suscitaron enemigos á los autores de comedias. Cleon citó á juicio á Aristófanes por haber puesto en ridículo á los Atenienses á los ojos de los extranjeros que habian acudido á los juegos, y Alcibiades obtuvo mas, pues hizo ahogar á Eúpolis que lo habia satirizado. Tanta libertad no era posible que continuase despues de sucumbir la de Atenas; y los Treinta tiranos

en la parte inferior á copos de lana. ἔριζ πεπταμένα. Sabemos por el escoliador, que para imitar el trueno, se agitaban piedras y hierros en una gran vasija de bronce, llamada βρονταίον.

(1) Es casi unánime el juicio de los criticos acerca de Aristófanes. Quintiliano (*Istil. Orat.*, lib. X., l. 1.) *Antiqua comedia sinceram illam sermonis altivi gratiam prope sola retinet.* Aldo Nanucio, en la edicion de Aristófanes, publicada en Venecia el año de 1498, no cesa de elogiarlo. Ana Dacier decia: *Que l'on ait étudié tout ce qui nous reste de l'ancienne Grèce, si on n'a point lu Aristophane, on ne connaît pas encore tous les charmes et toutes les beautés du grec: y de las Nubes dice, que despues de haberlas traducido y leído doscientas veces aun no se cansaba de leerlas.*

la sofocaron, admitiendo las denuncias de cualquiera que se creía ofendido en el teatro.

Entónces la comedia, no pudiendo representar la vida política, se vió reducida á la doméstica: el coro perdió su significacion, y el teatro se convirtió de solemnidad pública en entretenimiento particular. La comedia que llamamos média, fué una transaccion entre la antigua libertad y la servidumbre absoluta; la originalidad desapareció, teniéndose que ajustar la idea á un tipo convencional; no se nombraban ya las personas, pero se aludia á ellas; la obscenidad triunfaba, pero se pretendía remediarla poniendo en boca de los actores máximas morales, extrañas á la accion (1). Antifanes, principal autor de este género, viendo que Alejandro no se habia divertido bastante en una de sus comedias, le dijo que, para que le gustase, necesitaba haber estado mas veces en uno de los banquetes adonde cada cual conduce á su querida.

En un pueblo de viva imaginacion, rico en caracteres originales, pronto para comprender el lado ridículo de las cosas, y convertir en objeto de diversion los negocios mas serios, no podia la comedia morir de repente; pero el golpe estaba dado, y ya las acciones no se representaban bajo su elevado aspecto; ya no concurrían la poesia, la filosofía, ni la política á formar contraste con las cosas comunes y positivas. Tampoco se remontó á su antigua altura cuando se le devolvió la libertad; ántes bien se formó la comedia nueva que ponía en escena los efectos de las diversas pasiones, y tejía argumentos al estilo de la tragedia; nutriéndose de observaciones filosóficas, y pareciéndose en la sustancia á la comedia moderna. Si fué esto un progreso, como sostienen los preceptistas, díganlo los que observan la literatura bajo el punto de vista social.

Los defectos de la comedia nueva nacen de las circunstancias. El estar el palco escénico al aire libre se acomodaba con los hechos políticos, pero no con las acciones privadas, que cuando mas pasaban en una plaza. La costumbre impedía, por otra parte, que apareciesen en el teatro doncellas ó matronas honradas, y se evitaba el introducir las en las comedias; por lo cual suele girar toda la pieza sobre una intriga amorosa con una dama que no se presenta nunca. Tampoco podia la escena animarse con el contraste de la educacion y la categoría, pues no existía esta última en una república de iguales, ni con la pintura de un acendrado amor, porque este

(1) Pertenece á este género el *Pluto* de Aristófanes, donde censura un vicio de todos los tiempos y lugares, la avaricia, por la cual no habia iniquidad que no se cometiese en Atenas, y que impulsaba á los hombres hasta convertirse en espías. El viejo Cremilo ve las cosas por el lado mas vulgar; y para él los placeres y las riquezas son el premio de la virtud; pero la pobreza le demuestra que la primera condicion de la sociedad humana es el reparto desigual de bienes. La Grecia era en otro tiempo ilustre, y sin embargo vivia pobre. Júpiter es necesariamente pobre, pues en los juegos olímpicos no se da mas premio que una rama de olivo, cuando los hombres prodigan hoy las coronas de oro.

Comedia média.

Comedia nueva.